

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Jaime Theberge: PRESENCIA SOVIETICA EN AMERICA LATINA

El estadounidense Jaime Theberge, director de estudios latino-americanos e hispánicos del centro de estudios estratégicos e internacionales de la universidad de Georgetown (Washington), tiene en su haber tres libros acerca de la influencia rusa en Iberoamérica: *Poder naval soviético en el Caribe*, *Rusia en el Caribe* y, el último, *Presencia soviética en América del Sur*, traducido recientemente en Santiago de Chile y publicado por la editora nacional de ese país, *Gabriela Mistral*.

Breve es esta obra, de no más de ciento cincuenta páginas; de estilo claro, sumamente sencillo en ocasiones. La traducción no siempre resulta tan fluida como sería de desear, y en ella se encuentran construcciones forzadas, barbarismos como "Guyana", en vez de "Guayana", y giros calcados del original inglés. Asimismo, puédense descubrir ciertas inexactitudes que se deslizaron al trasladar la obra a nuestro idioma, alguna de ellas importante, que seguramente serán corregidas en las ediciones siguientes: nos referimos concretamente a las páginas 36 y 37 de la versión castellana, donde el término inglés *billion* se traduce por *billón*. Si se recuerda que el primero tiene, en la lengua de Shakespeare, los dos sentidos nuestros de mil millones y de un millón de millones, o sea, propiamente un billón, se advertirá el error, que hace incongruente el texto. Mil millones es la traducción exacta.

Pero todo esto es *peccata minuta*. Veamos la sustancia.

En los diez capítulos de que consta el libro se analizan los antecedentes del influjo ruso en Iberoamérica hasta la guerra mundial de 1939, la actividad de la diplomacia soviética, el comercio y la ayuda económica que presta Moscú, los vínculos que unen al Kremlin con los partidos comunistas locales, la subversión y el espionaje, las relaciones con Cuba, Perú y Chile; termina el escrito con un resumen de la política moscovita y varias preguntas acerca del porvenir.

El historiador norteamericano describe, asimismo, la política fluctuante, solapada, de la Unión Soviética; su prodigiosa adaptabilidad: *temporibus callidissime servientes*; las formas varias con que actúa;

el efecto que en el imperialismo ruso tiene la actitud amistosa de Washington, etc. A veces, debido a los mil aspectos de ese tortuoso caminar, a sus retrocesos, a su avance titubeante, el lector de Theberge se desconcierta: ¿Tiene realmente Rusia el propósito de dominar a Iberoamérica, o sólo pretende debilitar en ella la preponderancia estadounidense? ¿Cuál es, en definitiva, el método preconizado para conseguir ese fin: la persuasión o la violencia? ¿Les interesa verdaderamente a las potencias rivales señorear el ámbito hispanoamericano, con sus ingentes riquezas, su población díscola, su política en agraz, salvadas las excepciones de rigor? Todas estas dudas y otras que surgen de la lectura de *Presencia soviética en América del Sur*, tiene que responderlas el lector solo, y con cierta dificultad. No señalamos con esto una deficiencia grave de la obra del profesor de Georgetown. Recuérdesse que, si en general es innegable el imperialismo ruso, y que el mismo puede rastrearse desde el propio origen del ducado de Moscovia, de tal modo que la historia toda de ese pueblo no sea más que las vicisitudes de una indefinida expansión, que probablemente sólo a mediados del siglo xv, con la caída de Constantinopla en poder de los turcos, empieza a tornarse consciente; también es innegable que, cuando se racionaliza tal afán de conquista, no puede menos de fijarse metas asequibles y útiles. En el caso de Europa no cabe duda de que someter a Alemania, por ejemplo, o neutralizarla, equivaldría a anular definitivamente un peligro cuya trascendencia bien conocen los rusos, y del que no se hubieran salvado de no haber sido por la intervención anglosajona. Si no estas razones, otras, entre las cuales esté probablemente la de aprovechar la técnica y la laboriosidad de las poblaciones de allende el Vístula, pueden indicarse para el avasallamiento de Italia, Inglaterra, Francia, etc. Amén de que no se les escapa a los estadistas rusos que la libertad de las naciones limítrofes constituye para los países de la Europa oriental una tentación permanente de sacudir el yugo bolchevique.

Pero, en el caso de América, ¿están tan claros los motivos? El desprestigio que entrafiaría para Estados Unidos el triunfo del comunismo en ese vasto continente, o la victoria de un nacionalismo a ultranza, con la secuela de ingentes confiscaciones de capital norteamericano y, lo que sería peor, la derrota de una concepción de la política y de la vida que, pese a un sinnúmero de defectos, sigue animada por el viejo humanismo occidental, ¿bastan para aguijonear la ambición del oso moscovita en el Nuevo Mundo? Probablemente sí, aunque se manifieste Theberge cauto al afirmarlo y observe con acierto que, en todo caso, tal política no sólo depende de los planes de la Casa Blanca y del Kremlin, sino de los iberoamericanos mismos,

que pueden impedir la expansión comunista o, por el contrario, favorecerla, dándole un sentido mundial que sin tal circunstancia no tendría.

Sea lo que fuere de todo ello, es irrefutable que, desde 1953, año de la muerte de Stalin, ha ido aumentando la intervención soviética en los países iberoamericanos o, por lo menos, el interés del Kremlin por aquellas latitudes, independientemente del influjo real*. Cuando, a fines de 1958, se instaura el gobierno de Fidel Castro, ponen los rusos una pica en Flandes; en los años siguientes, la guerrilla campesina altera la situación de numerosos países y parece que va a repetirse por todo el continente el caso cubano, hasta que, en 1967, la muerte de Ernesto Guevara da, de manera definitiva, al traste con tales esperanzas. En cuanto a la guerrilla urbana, especie de pariente pobre de las partidas rurales, su fracaso en Brasil y, sobre todo, en Uruguay, hace de la expectativa fundada en ella cuentas galanas. Por último, en 1970, se diría que de una estrategia distinta, la del frente popular chileno o coalición de socialistas, comunistas, católicos encandilados por el colectivismo y algunos grupos de izquierda moderada, iba a recoger Moscú una pingüe cosecha; en 1973, también ese sueño se desvanece, con una repercusión sumamente grave que indica Theberge, a saber, que demostró el malogro chileno resultar inviable una coalición semejante en Francia e Italia, donde ya se proyectaba llevarla a cabo (pág. 118). Ahora sólo queda un medio mucho menos seguro: apoyar a las dictaduras militares, siempre que se manifiesten proclives al ultranacionalismo, y haciendo la vista gorda a sus inconsecuencias.

De un análisis detenido de la actividad de Rusia y de los partidos comunistas en Iberoamérica, surge a la luz algo que puede ser muy útil no sólo para aquellas naciones, sino también para los europeos occidentales, que hace algunos años consideraban desdeñosamente a los países de ultramar y trataban de justificar la subversión en los mismos aduciendo el atraso político y económico de algunos de ellos, pero que de súbito se han percatado de que los amenaza precisamente el peligro del que se creían inmunes, y que el enemigo no se desdén de emplear a este lado del Atlántico las mismas armas con que luchó en la otra orilla. En efecto: Moscú ha echado mano de cuanta artimaña creyó adecuada para adueñarse del poder o tener siquiera el papel de eminencia gris: participación en elecciones democráticas, bien presentando sus propios candidatos, bien respaldando a otros que le eran propicios; subversión armada contra un régimen representativo; guerrillas; alzamiento, so pretexto de derrocar a una dictadura

* Los hechos parecen demostrarlo.

derechista; apoyo al nacionalismo; coqueteo con la Iglesia católica; respaldo a regímenes izquierdistas como el de Goulart y el de Allende, que deberían haber desembocado, lógicamente, en el bolcheviquismo duro y puro; coalición con conservadores y liberales, si veía un rival demasiado vigoroso en los nacionalistas, que no fue otra cosa lo que ocurriera durante el gobierno primero del general Perón, etc. Esta táctica multiforme, sin contar los medios semimilitares que emplea Rusia, tales como la navegación constante de barcos suyos por el Caribe, llena cinco capítulos del libro, del quinto al noveno.

Como el balanceo de la política moscovita no siempre les parece oportuno a los impacientes, a los que llamaban gráficamente los chilenos termocéfalos, es inevitable que éstos prefieran cortar por lo sano y desarrollar su propia estrategia, que en este caso es sencillamente levantarse en armas, sin esperar a que hayan madurado lo que llaman los marxistas, con su pedante jerga característica, condiciones objetivas y subjetivas de la revolución, es decir, las circunstancias personales y sociales favorables para una sublevación. De este desacuerdo fueron fruto las agrias disputas entre los grupos más exaltados y los cazurros partidos comunistas, entre un Fidel Castro deseoso de acreditar su magisterio en toda América, y una Rusia que tenía que tentarse la ropa antes de emprender algo que inquietara a los Estados Unidos. En los capítulos quinto, sexto y séptimo refiere Theberge los pleitos y zaragatas de las diversas facciones y del déspota cubano con sus protectores.

Amén de este cuadro que pinta el autor y que nosotros hemos resumido aquí en muy pocas palabras, se describen los otros medios, pacíficos, de que se vale la Unión Soviética para extender su influjo, a saber, diplomacia y comercio.

Las relaciones diplomáticas llevan aparejada una nube de funcionarios cuya tarea es no sólo averiguar todo lo averiguable del país donde estuvieren destacados, sino inmiscuirse en su política, economía, sindicatos, ejército, etc., fomentando el descontento e incluso, cuando se preste a ello la ocasión, suscitando revueltas y atizándolas. En las páginas 47 y 48 da el profesor de Georgetown una lista de representantes rusos en Iberoamérica expulsados, desde 1946 a 1973, por espionar y soliviantar. En las notas de la página 48 se completa la referencia. Que esto no sólo en América sucede, lo prueban los miembros de la embajada rusa a los que echara de Inglaterra lord Hume, y que habían colmado hasta la paciencia de la flemática y hospitalaria isla británica.

El otro aspecto de esta guerra sin cañones es el comercio y la ayuda económica. A decir verdad, esta última no la prodiga Rusia, como lo experimentó a costa suya Salvador Allende. No es difícil de

comprender a qué se debe tal cicatería: compromisos más urgentes, en particular los del Oriente Medio; estrecheces domésticas; escasez de moneda extranjera convertible o, simplemente, falta de rentabilidad de las inversiones susodichas. Significativas son las cifras. Desde 1954 a 1972, los créditos y subvenciones que acordó el Kremlin a Iberoamérica sumaban 548 millones de dólares, sin contar lo prestado a La Habana. Los empréstitos a los países citados eran tan sólo el siete por ciento de lo que se otorgó durante el mismo lapso a otras naciones: Africa fue agraciada con el quince por ciento; Asia recibió treinta y ocho, y a Oriente Medio fue a parar el cuarenta por ciento. Otros datos curiosos pueden encontrarse en las tablas que incluye Theberge en su obra (págs. 34, 40 y 42). Por lo que al comercio se refiere, éste es muy escaso: baste indicar que, en 1972, la participación de Iberoamérica, exceptuando a Cuba, en el comercio soviético era de 0,6 por ciento. En 1960, lo fue de 0,7; subió hasta 1,1 por ciento en 1966.

Pero la tacañería se vuelve generosidad cuando se trata de La Habana, cuyo intercambio comercial con Rusia alcanzó en 1972 el 3,2 por ciento de las transacciones de este país. Por otro lado, a fines del año siguiente, 1973, sumaba la asistencia económica y militar dada a la Perla de la Antillas desde 1960, siete millones de dólares, y en 1972 ascendía la deuda comercial cubana a dos mil trescientos millones (pág. 36).

Añadamos, en fin, que aun de esa raquítica liberalidad no es oro todo lo que reluce: por ejemplo, entre 1958 y 1965, costaron a los países semidesarrollados los artículos importados de Rusia, de quince a veinticinco por ciento más de lo que hubieran costado de comprarlos a las naciones occidentales. En cambio, por convenios bilaterales, pagó la Unión Soviética del diez al quince por ciento menos del precio vigente en el mercado mundial, por las mercancías importadas de las naciones productoras de materias primas (pág. 33). A esta especulación, del más puro cuño capitalista, se une el retraso en recibir los empréstitos en efectivo, remesas en especie o créditos, a causa, sobre todo, de los engorrosos trámites burocráticos; la calidad inferior de muchos productos rusos entraña también otro inconveniente, puesto que es necesario adquirir los de la Unión Soviética, aunque en otra parte los haya mejores o más baratos, sin contar la tutela política y económica en que se hundan al cabo los que, no queriendo rendir parias a la técnica occidental, huyen del fuego para caer en las brasas. (Cf. especialmente las págs. 45 y sigs. y 93 y sigs., acerca de la supeditación cubana.)

En medio de la invasión de obras marxistas; de tanto sociólogo, economista y político infectado con la terminología engolada y pre-

tenciosa del colectivismo; de la bobaliconería que da por sentadas las tesis más peregrinas, siempre que las avale el materialismo dialéctico, este libro, sencillo y bien documentado, que indica sin aspavientos ni análisis esotéricos la influencia rusa en los pueblos latinos de allende el Atlántico, es ejemplo de claridad, de sensatez, de serenidad. Y demuestra también algo que muchos parecen haber dado de mano: que para examinar los problemas políticos y sociales no es necesario apelar a la mitología marxista, cuyas leyes y criterios se aplican a la realidad como medía a los viajeros el lecho de Procasto. Theberge es de los historiadores que observan los hechos sin emplear las fórmulas estereotipadas que tan útiles son para hallar pseudosoluciones y no pensar mucho: lucha de clases, cultura burguesa, superestructura, relaciones de producción, contradicciones económicas, conciencia social, etc. Al menos para él no se convierte la historia en soflama, ni en pasquín, ni en burda imagen de prejuicios políticos.

MARIO SORIA.

Gabriel Alférez: ASOCIACIONES, PARTIDOS Y ACCION POLITICA (*).

Gabriel Alférez, prestigioso jurista y ya conocido de los lectores de VERBO por su magnífico trabajo "Los católicos y la política", aparecido en esta Revista, acaba de publicar, bajo el título del epígrafe, un libro de enorme interés. Y como la coincidencia del autor de esta nota con su contenido es prácticamente total comenzaré por señalar una mínima discrepancia respecto al título elegido que creo no da idea suficiente del trabajo elaborado por Gabriel Alférez.

Ciertamente tratan las páginas de este libro de asociaciones y partidos políticos, tema en estos días candente y controvertido. Pero el propósito del autor es mucho más ambicioso y podría definirse como una visión, desde el pensamiento tradicional católico, de la política en su integridad. No con afanes exhaustivos y magisteriales sino para dar al ciudadano medio una brújula, hoy más necesaria que nunca, que le permita caminar por el confuso mundo de la política permaneciendo fiel a sus deberes ciudadanos y a sus convicciones católicas.

Después de su lectura, en muchos puntos verdaderamente esclarecedores, se imponen numerosas conclusiones que alivian el alma de dudas y perplejidades. Y que comprometen al católico a una ac-

(*) Editora Nacional, Madrid, 1974, 206 págs.